



Número 29 • junio 2016

tiempo en la casa

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*

A Michèle: de Casablanca a Tepoztlán

José Quezada



Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

José Quezada (ciudad de México, 1988). Es editor de la versión impresa de la revista *Moria* y coorganizador de Lateralía/ Festival de Edición Independiente en Morelos. Ha publicado cuentos, crónicas y entrevistas en diversas antologías, así como medios impresos y digitales.

Fotografías de portada e interiores: cortesía de Mariana Elizondo

Rector General: Salvador Vega y León **Secretario General:** Norberto Manjarrez Alvarez **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** Romualdo López Zárate **Secretario:** Abelardo González Aragón **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Eduardo Peñalosa Castro **Secretaria:** Caridad García Hernández **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca **UNIDAD LERMA Rector:** Emilio Sordo Zabay **Secretario:** Darío Guaycochea Guglielmi **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado

Tiempo en la casa, número 29, junio 2016, suplemento de *Casa del tiempo*,
Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

DIRECTOR: Lucino Gutiérrez Herrera **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz, María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Ma de Lourdes Pérez Granados.

A Michèle: de Casablanca a Tepoztlán

José Quezada





DESDE HACE TIEMPO MEDITO ESE MOVIMIENTO IMPREDECIBLE, casi rizomático, de la academia, las editoriales y la crítica, su peculiar forma de manipular criterios y figuras como si éstos pertenecieran a una partida de damas chinas: el elogio a autores advenedizos que tienen o tuvieron la aprobación unánime, y, al reverso del juego, un puñado de escritores sin el reconocimiento ni la celebridad merecidas: Jesús Gardea, Juan Vicente Melo, Josefina Vicens y José Guadalupe de Anda, por nombrar a algunos. Pero las disertaciones sobre este azar son propias a otro momento.

Desde hace tiempo, también, con persistencia, pienso en un caso paralelo. Me intriga una mujer —pieza clave en la literatura mexicana de los años sesenta— que nunca publicó nada. Me costaba mucho entender por qué sólo pude rastrear una o dos fotos, una entrevista y un par de anécdotas sueltas en varios libros y artículos. Y algo más: una dedicatoria, *A Michèle*, inscrita al inicio de *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, y su firma como traductora en las ediciones de *La vocación suspendida*, *Roberte, esta noche* y *La revocación del Edicto de Nantes*, de Pierre Klossowski. Al sumergirme en la historia de la Generación de la Casa del Lago e intentar reconstruir con precisión ese tiempo, ella aparecía como un misterio, una sombra inasible en los recuerdos que tomé de algún otro, una imagen particular de la ausencia.

¿Quién era Michèle Albán? ¿Qué historias se habría guardado la mujer que motivó, durante varios años, la vida y la escritura de Tomás Segovia, Salvador Elizondo y Juan García Ponce?

En San José, Tepoztlán, bajo el encumbramiento de piedra del Tepozteco, está el sendero enterrado en una extensión tersa del cielo por el que se llega a Las Marianas, el restaurante de Michèle Albán y Pilar Alonso. Un día antes, yo y Lucía, quien fuera mi pareja en ese entonces, fuimos a cenar a la casa de un conocido. Yo sabía que el único rastro que tendría para encontrar a Michèle estaba en el restaurante, y al preguntarle por ella, como si mi búsqueda se decantara en ese momento, nuestro anfitrión me contó que había frecuentado a Pilar.

Al día siguiente, entre la hoja santa y el vino, nos presentó y Pilar habló por teléfono con Michèle, quien accedió a recibirnos en su casa para una entrevista.

Primero fue el fantasma del fascismo sobre Europa. Michèle nació en Zúrich, Suiza, un 3 de agosto. Sus padres eran franceses pero vivían en España; sin embargo, el alba de la Guerra Civil los obligó a permanecer “hasta el último día, cuando cayó Valencia”, su ciudad. El Consulado Francés los protegió. Michèle tenía seis años cuando empezó la Segunda Guerra Mundial. Vivían en el Massif Central, que tal vez podría tener ciertos rasgos en común con Tepoztlán. De ahí se trasladaron al puerto de Marsella y luego a Casablanca, ya con la idea en mente de arribar a México. “Salimos en el último barco que partió de Marsella, el último de España y creo que el último de Casablanca”. La civilización se empezaba a convulsionar.

Su madre se casó por segunda vez con un español y, del otro lado del mundo, Lázaro Cárdenas estaba tallando la piedra de toque que autoafirmaba a México como una tierra de refugio.

Una de las confirmaciones más concretas de las ideas de Carpentier sobre lo real maravilloso tal vez no reside en Sudamérica, sino en el testimonio de los escritores extranjeros que conocieron nuestro país: el encantamiento sobre Katherine Anne Porter y César Moro, la exploración espiritual de Aldous Huxley y Antonin Artaud, los éxodos de Malcolm Lowry en Cuernavaca y Oaxaca, la búsqueda del camino de la triada beat en la Colonia Roma y “el país surrealista” de André Breton. Cito una anécdota de este último para preguntarle a Michèle cómo la envolvió México.

Durante una visita a Xochimilco, Breton dibujó una silla, pero el ángulo de su diseño sólo permitía la visibilidad de tres patas, ocultando una de las traseras. Después le encargó a un artesano que le hiciera la silla conforme a su dibujo. El oficio del hombre sobre la madera y la cuerda fue tan preciso que la silla entregada a Breton, además de ser perfecta, tenía sólo tres patas.

Y Michèle me cuenta la historia de un surrealista francés fascinado con este país por el relato de un hombre que le sacó los ojos a su novia porque los tenía muy bonitos.

“México, en mis fantasías de niña francesa, era a caballo y sombrero. Yo asistí a una escuela de españoles, el Instituto Luis Vives, y luego entré a la Facultad de Filosofía. De sombreros y caballos, nada. Tenía doce o trece años cuando llegué y siempre fui un poco inadaptada, ya que en España era la *petit* francesa, en Francia la *petit* española y aquí, en México, pues la pinche refugiada —y al decir esto, se ríe—. Pero en México uno no se siente excluido, no sé por qué”.

El Instituto Luis Vives sirvió también para perfilar su inclinación literaria. “En secundaria, cuando faltaba un maestro, el director tomaba la clase y nos leía el *Cantar de mío Cid*. Ya en la preparatoria nos leía el *Discurso del método*, de Descartes”.

Lo primero que observo con atención al entrar a su casa es un cuadro en la estancia. Michèle y Tomás, de dieciocho o diecinueve años, tal vez, muy atractivos,



retratados por el pintor español Ramón Gaya. En las demás paredes cuelgan cuadros de Roger von Gunten, quien también vive en Tepoztlán. Michèle nos espera sentada en un pequeño sillón; encima de ella, o a los lados, duermen sus gatos, gatos viejos, grandes, de pelo profuso.

No puedo recordar los títulos que había en su biblioteca, salvo dos: *La feria*, de Juan José Arreola, en la edición de la Serie del Volador, en Joaquín Mortiz, posiblemente dedicado, y pienso, con seguridad,

que siempre la ha acompañado, y, por su rareza, *Hollywood Babilonia*, del transgresor y decadente (casi una reencarnación de Gabriele D'Annunzio) Kenneth Anger, uno de los padres del cine independiente en Estados Unidos, y ahora, especulo, el libro debe ser de alguna de sus hijas.

Las fotografías en blanco y negro de Pía Elizondo, su hija con Salvador, decoran distintos puntos de la casa. Nunca había visto su trabajo, pero sus imágenes de la ciudad y de paisajes llanos y abiertos, o, tal vez, lo que mi memoria ha distorsionado como paisajes llanos, me hacen desear enmarcar también un par de sus fotografías y colgarlas en mi departamento.

En algún punto de la casa hay una pequeña estampa de James Dean. Le pregunto si le gusta, y ella sólo se ríe y me dice que no. La foto es de su nieta o su sobrina. Me confiesa que, en realidad, casi no ve películas, pero, “no me lo vas a creer”, le gustan mucho las telenovelas. “Tienen una cosa maravillosa que se descubrió a finales del siglo XVIII: *el suspens*, y eso te deja, aunque la novela sea una porquería, enganchado”.

Su pintor preferido es Diego Velázquez. Sin embargo, de México los que más le interesan fueron sus contemporáneos: Fernando García Ponce y Manuel Felguérez, aunque “tampoco es que me muera de emoción con ellos”.

En literatura sucede algo similar: devota de Tolstói desde su juventud, lectora obsesiva de Pérez Galdós “hasta el grado de haberme echado casi toda su obra”, destaca en la literatura mexicana a Rulfo, Arreola y Pacheco. Tal vez, conforme el tiempo ha avanzado, su círculo de preferidos ha ido menguando. “A estas alturas del camino uno lee de todo, aunque hay cosas malísimas que simplemente no se pueden leer. Ahorita estoy leyendo a José Saramago. Recientemente leí a Maalouf, que me gustó mucho, y a Vila-Matas”.

La música fue otra de sus compañías centrales. Sus predilectos son Bach y Mozart. Después le encontraría el gusto a composiciones “más sutiles e intelectuales, como las de Debussy. Aun así, como Bach y Mozart no hay nada. Ellos hicieron todo”.

Ahora ya casi no escucha música. Lucía le pregunta por qué se alejó de ella y Michèle responde: “Yo no la dejé, la música me dejó”.

Me pregunta si hablo otros idiomas. Me gustaría mucho aprender francés, me encantaría leer a los escritores franceses en su lengua, le respondo. “Aunque una buena traducción puede proyectar la calidad de la obra, no te niegues el placer de leer en francés. Creo que una buena traducción también depende del género: en poesía, muchas veces, resulta más difícil proyectar esta verdadera calidad”.

Al tocar este tema, me cuenta que está un poco preocupada por no encontrar sus obras completas de Flaubert en francés. Me ofrezco a ayudarle a buscarlas. “No te preocupes”, me dice.

Intuyo (desde hace tiempo lo he presentido) la publicación de algún libro con su firma. Un compendio de poemas; una novela. Pero ella me confirma (y quisiera pensar que en realidad está mintiendo) que nunca hizo narrativa; sólo publicó una hoja con cinco o seis poemas, “y punto. Eso se acabó, fue un destello juvenil. Luego me dediqué a ser mamá cuando tuve a mi primer hijo”.

Michèle empezó su relación con Tomás Segovia a los dieciseis años. Dos años después se casaron. Dio a luz a los veintiuno. Cuando se divorció, vivió cinco años en Guanajuato dando clases de francés y latín.

Años después, Michèle se instalaría en Tepoztlán, inspirada por Tomás, quien tenía una casa allí. “Cuando yo estaba tronando con Juan García Ponce vi en el periódico que se vendía un terreno”.

Me cuenta también de sus hijos: “Rafael se gana la vida traduciendo. Mariana es multifacética: escribió una novela, creo que la van a publicar, ha sido actriz y toca el clavecín divinamente. Y Pía es fotógrafa, vive en París. Siempre estoy en comunicación con mis hijos”.

Al hablarme sobre la actividad de su hijo mayor, pasamos, ahora, a sus traducciones de Pierre Klossowski. “Juan García Ponce, que era mi pareja en esa época, le daba forma, pero quien sabía en realidad francés era yo”. No le gustaría volver a traducir, es un “trabajo pesadísimo”.

Le pregunto si conoció a Klossowski, un hombre con fama de ser muy accesible. “No. Siempre tuve su dirección en mi libreta, pero no sé por qué, nunca lo vi, ni le escribí”.

Como un goteo invisible, la historia pasa sus filtros por los hechos y distorsiona cualquier imagen fidedigna de la realidad. Michèle vivió con cercanía un periodo central de la literatura mexicana, un periodo que “nunca percibí desde afuera. Sólo eran los cuates, unos escribían, pintaban o no hacían nada. Creo que muchos no se



imaginaban el impacto que tendrían. Algunos escribían sus cositas y a ver si alguien los quería publicar, que no era fácil en aquel tiempo. Ahí estaba Joaquín Mortiz, pero era una editorial con mayúsculas, para los elegidos, la que repartía la tortilla. Muy al principio estaba la editorial Séneca, fundada por José Bergamín, Emilio Prados (a quien yo adoraba, fue como mi segundo padre), Octavio Paz y otros españoles que ahora no recuerdo. Allí publicaron *Laurel*, una antología poética maravillosa que reunía a poetas españoles e hispanoamericanos”.

Cuando trabajaba como director de la Casa del Lago, Juan José Arreola, el maestro e impulsor de un puñado de escritores y de la Generación del Medio Siglo, invitó muchas veces a Michèle a jugar ajedrez, pero ella no quería, “porque él era un buenazo”. Y en el café se encontró en varias ocasiones a Juan Rulfo. “Era adorable y tímido, pero muy buena onda. Arreola, para nada era tímido. Una vez leímos una obra de teatro en francés, yo hacía los personajes femeninos y él los masculinos”.



Mientras sostengo la taza de café que me ofreció Michèle, pienso que todos en la vida tomamos algo de la gente, y ellos, nuestros amigos, nuestra familia, nuestras parejas y enemigos toman, a su vez, algo de nosotros. ¿Qué fue lo que tomaron mutuamente Michèle y Tomás?

“No sé qué se llevó de mí, pero yo tomé el gusto por la literatura y la poesía. Fue mi punto de partida y, en ese sentido, fue muy importante”.

Ahora tengo la misma duda respecto a Elizondo. Conoció a Salvador por un

amigo en común, durante un concierto en Bellas Artes. Al principio, le “pareció insoportable”, pero después, cuando platicaron, descubrió que era muy inteligente y lúcido. Las cosas se dieron poco a poco. Tiempo después, en una fiesta, platicaron de literatura y Michèle empezó a enamorarse.

“Salvador fue muy importante para mí, era un tipo inteligentísimo, muy fino y, en ciertas cosas, hasta retorcido. Me conquistó por su inteligencia, porque guapísimo no era”.

Cuando le pregunto si es feliz con su vida, ella asiente. Sólo “suprimiría a mi última pareja”. De Juan García Ponce no tomó mucho “ni literariamente acrecentó mis conocimientos. En realidad es una época que a mí me gustaría borrar. Hay recuerdos que son más entrañables que otros y, en mi caso, son los de los padres de mis hijos”.

“Todas mi parejas fueron intelectuales, debí, como decían mis hijas, haber conquistado a un ingeniero o algo así. Yo era un bombón”, afirma entre risas.

Hace varios años, antes de la edición publicada por el Fondo de Cultura Económica, salieron a la luz diversos extractos de los diarios de Salvador Elizondo. Michèle es uno de los personajes principales de esos cuadernos. Ella no se siente invadida por lo que se menciona, “me da igual”, pero sí considera su publicación un acto deshonesto. “La instrucción que él dejó era que esos cuadernos se dieran a conocer veinticinco años después de su fallecimiento. Me parece que es una falta de respeto enorme, porque Salvador está muerto y no se puede defender”.

De Octavio Paz me dice que “es un poeta de primera categoría y un pensador sumamente lúcido. Mucha gente lo ha criticado por su pensamiento político, pero todas sus opiniones se hicieron verdad a la larga; fue como el Sermón de la Montaña. Era un tipo increíble, inteligente, sensible y buen escritor. Octavio era quince años mayor que todos, fue como el papá de esa generación”.

Una partida invisible de damas chinas. Desde hace tiempo he sentido la necesidad de desenterrar personajes, volúmenes, historias. Los movimientos de la fama y el tiempo están entrelazados y a veces forman espejismos.

Nombres como el de Juan Manuel Torres, cineasta entusiasmado con los escritores polacos, autor de la novela *Didascalías* (rescatada con acierto en una nueva edición del INBA, Conaculta y Filodocaballos), muerto de manera prematura, tal vez tarden en ser reconsiderados.

Me siento con el entusiasmo de un niño pequeño cada vez que hojeo *S.NOB*, la revista que dirigía Salvador Elizondo. Me gusta, no sólo por su dualidad entre la lucidez y lo lúdico, sino porque funciona como un buen detector de nombres enterrados.

Allí encontré *En el balcón vacío*, de Jomí García Ascot. Le pregunto a Michèle si puede ayudarme a conseguir una copia de la película y me sugiere contactar a Diego García Elío, cabeza de ediciones El Equilibrista, hijo del director y de María Luisa Elío, coprotagonista y autora del guión.

En las páginas de *S.NOB* también redescubrí a Luis Guillermo Piazza. Me pregunto si Michèle alguna vez lo trató. “Muy mal, muy poco, ¿por qué?”. Le cuento que un conocido trató con él de cerca y me habló sobre *La mafia*, una novela experimental



de Piazza publicada en la Serie del Volador, en la cual denuncia a las figuras capitales de la literatura mexicana en ese tiempo como un grupo elitista, acaparador de los espacios culturales. “Eso era lo que él sentía, pues quedaba ‘fuera de’. A eso se le llaman celos y envidia. Sí, había un grupo, no una mafia, que dominaba un poco el ambiente cultural, pero les costó mucho trabajo”.

Después del café platicamos un poco sobre Alfonso Cuarón, quien fuera pareja de Mariana Elizondo y padre del nieto de Michèle, Jonás Cuarón. Le confieso que *Niños del hombre* no terminó de gustarme, pero sí *Grandes esperanzas*, y en eso hemos coincidido.

Me cuenta que Diego Cataño, actor en *Temporada de patos*, de Fernando Eimbcke, también es su nieto, y le recuerdo que ella actuó en una película de Juan José Gurrola, *Los bienamados*, basada en un par de cuentos de García Ponce y Carlos Fuentes. “Pero yo no actué, ¿o sí? A lo mejor estuve ahí, entre los amigos. No lo recuerdo. Yo actué como mesera de un restaurante en una película, pero mi aparición era muy breve”.

La impresión que me llevo de Michèle es la de una persona seca y directa, y a la vez, maternal y delicada.

Me permite retratar el cuadro de Ramón Gaya y algunas fotos de ella a los 21 o 22 años. Me pide que no publique ninguna fotografía de ella en la actualidad.

Me pregunta si puedo mostrarle un cuento mío en algún momento y prometo hacerlo.

Le he dejado, como regalo, un libro con dos historias de Kipling. ▲▲

